

era una religión. Estaba basada en este precepto: "Adorad á Dios, amad á vuestros semejantes." ¿Qué entendían por adorar á Dios? "Es, dice el *Manual de los teofilántropos* (1), prestar homenaje á su poder, á su bondad, y darle gracias por sus beneficios; no es murmurar de los acontecimientos que consideramos como desgracias, sino someternos á ellos como á un efecto de la voluntad divina, y aprovecharlos para fortificar nuestra alma, para hacerla independiente de todo lo que está fuera de nosotros, para acostumbrarnos á no unir la idea del bien más que á la sabiduría y á la virtud y la idea del mal más que al crimen." Hé ahí una definición que no firmarían los deístas, porque no reconocen más que leyes generales, cuyo autor es Dios; no admiten la intervención incesante de la divinidad en el gobierno del mundo y en la dirección de nuestros destinos. Esta es la razón por la cual no podrá el deísmo ser nunca una religión. Los teofilántropos, viendo la mano de Dios en las desgracias que nos hieren, diciendo que debemos aceptar el mal y cambiarlo en provecho nuestro, estaban en la vía de una doctrina muy diferente y mucho más profunda, de una doctrina que puede ser una religión, pues que admite un vínculo entre el hombre y su creador. Decimos que los teofilántropos estaban en el camino que conduce á la verdad; pero su inspiración no fué bastante poderosa para llegar hasta el fin. No es por eso menos interesante seguirlos en sus esfuerzos: es asistir al trabajo lento, pero continuo, que se opera en la conciencia general para elaborar las creencias de la humanidad.

Los teofilántropos tenían oraciones; hé aquí la que dirigían todas las mañanas á Dios: "Padre de la naturaleza, yo bendigo tus beneficios, te doy gracias por tus dones. Admiro el buen orden de las cosas que has establecido con tu sabiduría y que conservas con tu providencia, y me someto para siempre á este orden universal... Yo no te dirigiré oraciones indiscretas. Tú conoces las criaturas que han salido de tus manos; sus necesidades no se escapan á tus miradas, como tampoco sus más secretos pensamientos. Te ruego únicamente corrija los errores de los demás y los míos, porque casi todos los males que afligen á los hombres provienen de sus errores. Lleno de confianza en tu

(1) CHEMIN, *Código de religión y de moral*, p. 5.

justicia, en tu bondad, yo me resigno á todo lo que sucede; mi único deseo es que se cumpla tu voluntad." Hasta aquí estamos conformes con los teofilántropos, y nos asociamos á su oración. ¿Qué distancia hay entre esta sumisión completa á la voluntad de Dios y la que los cristianos profesan! Los católicos aceptan también la voluntad de Dios, pero tienen un medio de volverla en su provecho, porque imaginan que Dios se asemeja á un príncipe cuyo favor se adquiere, bien adulándole personalmente, bien conciliándose la protección de sus cortesanos ó de sus favoritos.

Pero hay una laguna en la oración de los teofilántropos, y ésta es considerable. No piden nada á Dios, dicen. ¿Nada? ¿Ni aun su apoyo para hacer el bien? No. En la oración de la mañana que acabamos de citar se lee (1): "Yo no te pido el poder de hacer bien: tú me has dado ese poder, y con él la conciencia para amar el bien, la razón para conocerle, la libertad para elegirle. No tendría, pues, excusa si hiciera el mal. Tomo ante ti la resolución de no usar de mi libertad más que para hacer el bien, por más atractivos que parezca presentarme el mal." Hé ahí el compromiso de un alma religiosa; pero ¿quién no los toma semejantes y quién no los viola? Amamos el bien y hacemos el mal. Tenemos el poder de hacer el bien, pero también tenemos el poder de hacer el mal, y son nuestras malas pasiones las que prevalecen. ¿No debemos pedir á Dios su apoyo para hacer el bien? Los teofilántropos no lo hacían, porque no querían el dogma de la gracia. Tenían razón en rechazarla, tal como los cristianos la conciben, como un favor exclusivo que Dios concede á los predestinados, porque esta creencia es un ultraje á la divinidad. Pero de que la gracia de los cristianos sea falsa, ¿debe deducirse que no hay más vínculo entre el criador y la criatura que el de la creación? Los teofilántropos mismos no lo creían; acabamos de hacerlo notar. Si Dios se manifiesta en el mal que nos castiga, ¿no es este mal mismo una gracia, en el sentido teológico, una pena á la vez que una excitación al bien? Los teofilántropos no llevaron más lejos su principio, porque rechazaban sistemáticamente toda teología. Era el espíritu del siglo XVIII, consecuencia de la reacción

(1) *Manual de los teofilántropos*, en el *Código de religión de CHEMIN*, p. 17.

contra los absurdos del catolicismo. Los teofilántropos estaban demasiado cerca de la filosofía para que pudiesen emanciparse de su influencia. Esta es la causa de su debilidad. Los filósofos del último siglo no tenían por misión fundar una religión nueva, sino derribar la antigua y despejar el terreno para sus sucesores, que, más felices que ellos, estaban llamados á edificar. Este tiempo no había llegado aún cuando los teofilántropos trataron de formular la doctrina de sus maestros y de hacer de ella un culto.

Ni ellos mismos tenían confianza en su obra, y no se atrevían á confesar hacia qué fin tendían. Si se defendían de ser una secta, es porque, en realidad, no tenían conciencia de lo que constituye la esencia de la religión. El famoso verso de Voltaire:

*Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer (a),*

implica que para él la religión era una cuestión de utilidad más que una necesidad del alma. Tal era también el sentimiento de los teofilántropos. Tienen predicadores, moralistas, pero ninguno de ellos tiene esos impulsos del alma hacia lo infinito que se encuentran en los hombres para quienes la religión es una necesidad de la vida. Chemin, el único doctor de la secta, dice al frente de su *Código de religión y de moral*: "Los principios religiosos son útiles y jamás peligrosos." Esta idea está desarrollada en el *Año religioso de los teofilántropos*, que es como la teología de los adoradores de Dios. Citaremos algunos rasgos del capítulo titulado *Religión* (1):

"La religión es necesaria á los mortales: es una verdad sentida por los legisladores de todos los pueblos, de todas las edades. Les es necesaria, no tan sólo para contenerlos cuando están lejos de la vigilancia de la ley, sino para excitarlos á la práctica constante de la ley, para hacerles los deberes más fáciles de cumplir y las cargas menos onerosas... La religión es el principal y el más firme cimiento de la sociedad. Quitad la religión; ¿en qué base sólida estableceréis la virtud y la felicidad de los pueblos? ¿Quién garantizará la sociedad de la licencia y de la insubordinación? ¿Quién mantendrá la inviolabilidad de las leyes cuando ya no haya freno que contenga las pasiones?... Las opiniones religiosas influyen igualmente en el hombre

(a) Si Dios no existiese, sería preciso inventarlo.

(1) *Segundo año*, p. 8-18.

y en la sociedad. ¿De cuánta dulzura no se halla privado aquel á quien le falta la religión? ¿Qué sentimiento puede consolarle en sus penas? ¿Qué espectador anima las buenas acciones que hace en secreto? ¿Qué voz puede hablar en el fondo de su corazón? ¿Qué precio puede esperar de su virtud? ¿Cómo debe considerarse la muerte? El triunfo de la religión es consolar al hombre en sus desgracias."

Así, la religión es un suplemento indispensable de la legislación. Si la sociedad, pues, estuviese tan bien organizada que las leyes fuesen siempre obedecidas, podría en rigor pasarse sin la religión. La religión es todavía un consuelo para el desgraciado. Luego es inútil á los dichosos de este mundo, y á medida que se llegue á disminuir el número de los desheredados, la utilidad de la religión disminuirá igualmente. No, no es ese el lenguaje de hombres que sienten la necesidad de la religión. Para ellos, no se trata de utilidad; no conciben que el hombre moral viva sin fe, como no comprenden tampoco cómo podría vivir sin aire el hombre físico. Necesitan una fe, aunque fuesen, bajo el punto de vista vulgar, los hombres más felices del mundo; creerían envilecer la religión si la rebajasen hasta hacer de ella un auxiliar del Código penal y del Código de instrucción criminal.

La religión vive de fe, luego necesita creencias. Una religión sin dogmas es una cosa tan absurda como una filosofía sin principios. No era este el parecer de los teofilántropos. Citaremos con este motivo un trozo interesante de una memoria leída por Larevellière-Lépeaux en el Instituto, clase de ciencias morales y políticas. No es cierto que Larevellière haya sido el gran pontífice de la teofilantropía, por la excelente razón de que los teofilántropos no tenían papa ni aun sacerdotes; fué siempre extraño al culto nuevo. Pero es cierto que participaba de los sentimientos de los adoradores de Dios; esos sentimientos, por mejor decir, eran los del siglo XVIII.

El autor pregunta si son precisos los dogmas y un culto religioso. Contesta que sí, porque sin dogma y sin culto es imposible inculcar en el espíritu del pueblo los principios de moral ni hacérsela practicar. Larevellière admite que para los hombres que piensan, el culto, la creencia misma, es inútil. Pero para la multitud, y muchas gentes,

dice Labruyère, forman parte de ella sin saberlo, para la multitud es preciso un punto de apoyo, un dogma ó dos que sirvan de base á la moral, y un culto que dirija su aplicación ó á lo menos que la recuerde. Pero es preciso que los dogmas y los ritos sean sumamente sencillos. De ningún modo sacerdocio como cuerpo: el sacerdote no debe ser más que el ministro de la asociación religiosa. "Si por el mayor de los sacrilegios se llama ministro de Dios, la religión se hace superstición, extravagancia é instrumento de dominación. Si el culto está cargado de dogmas y de prácticas minuciosas, achica el espíritu y degenera en ceremonias exteriores de devoción, en provecho del sacerdote, pero á expensas de la moral. Tal es la religión romana, de todas las sectas cristianas la más opuesta á los progresos, al ejercicio de la sana moral y la más contraria á la libertad."

Se ve de dónde proviene el horror que los teofilántropos, así como todos los sectarios de la religión natural, manifestaban por los dogmas; hubieran querido pasarse completamente sin ellos, por temor de llegar á los excesos del catolicismo. Pero por evitar un escollo, cayeron en otro. Querían fundar una religión, y rechazaban lo que constituía la esencia de la religión, la fe en ciertas verdades reveladas por la conciencia general, bajo la inspiración de Dios. Esto era condenarse de antemano á fracasar. Los teofilántropos han seguido á la letra la opinión de Larevellière: se contentan con un dogma ó dos; creen, dice su *Manual*, en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma. Admiten penas y recompensas en la vida futura, pero sin explicarse respecto al destino que nos espera: "¿Cómo recompensa Dios á los buenos y castiga á los malos? Esto es lo que no podemos conocer en esta vida, y no tenemos necesidad de profundizar esta cuestión, como tampoco la de la naturaleza de Dios y la del alma. Estas cuestiones están por encima de nuestra inteligencia, y nos basta saber, según la magnificencia y el orden del universo, según el testimonio de todos los pueblos y el de nuestra conciencia, que existe un Dios, que no puede concebirse un Dios sin la idea de todas las perfecciones; que, por consiguiente, este Dios es bueno, que es justo, que la virtud será recompensada y el vicio castigado," (1).

(1) *Reflexiones sobre el culto, sobre las ceremonias civiles y sobre las fiestas nacionales*. París, año V (p. 1-10).

No, esto no basta; porque, continuando en esas vagas generalidades, no se sabe si hay que creer ó no en el infierno, en el paraíso y en el purgatorio. Los teofilántropos rechazan ciertamente esas fábulas del cristianismo, como hacían sus maestros, los filósofos; pero no lo decían, se contentaban con pasarlas en silencio, afirmando que el hombre no puede saber nada de la vida futura. Lo cierto es que para destruir las creencias erróneas de los cristianos, los teofilántropos debían formarse una idea cualquiera de la vida futura, porque sólo con la verdad se puede combatir el error. Y los hombres necesitan una creencia positiva, si no no abandonarían su fe, por supersticiosa que sea; y si la abandonan, será para caer en la incredulidad absoluta. Por otra parte, ¿está bien averiguado que el hombre no puede saber nada de la vida futura? ¿Puede diferir en la esencia esa vida de la vida presente? ¿No hay en este mundo expiaciones y recompensas? ¿Nuestra existencia actual no será la continuación y la consecuencia de una existencia precedente? Hé ahí unas cuestiones á las cuales toda religión debe contestar. Como la solución dada por el cristianismo tradicional no satisface ya á la inteligencia, ni al alma, la humanidad la abandona; pero no definitivamente hasta que una nueva creencia sea aceptada por la conciencia general.

### III

Los teofilántropos no querían más que un dogma ó dos; tenían miedo de la teología. ¿En qué consistía, pues, la religión? En la moral. Pero la moral no es más que la expresión de una concepción de la vida. Los teofilántropos continúan en la incertidumbre respecto á este punto capital; su moral debía resentirse de ello. No tiene principios ciertos, habiendo tomado algo de todas partes, de los sabios de todos los tiempos, de Confucio, Sócrates, Cicerón, Fenelón. Hay ciertamente nociones comunes, en la regla de las costumbres, á todas las religiones y todas las filosofías; pero hay también diferencias fundamentales. Si todo se confunde, se llega á un eclecticismo ininteligente, ó más bien al sincretismo; es imposible que la moral de la antigüedad pagana sea idéntica á la del espiritualismo cristiano. Para descubrir en esos sistemas contrarios los elementos de verdad que en-

cierran, es preciso poseer una doctrina que les sea superior. Ahora bien, precisamente esa doctrina era la que faltaba á los teofilántropos. De ahí lo vago y lo insuficiente de su moral.

Los principios fundamentales de los teofilántropos están tomados de Confucio y del Evangelio: "El que ama á sus semejantes hace á los demás todo lo que quisiera que á él se le hiciera. No hace á nadie lo que no quisiera que se le hiciera á él." Estas máximas tan ensalzadas están lejos de ser una regla segura de conducta; queda, en efecto, que determinar lo que cada cual cree deber hacer ó no hacer en lo que le concierne, y la respuesta será bien diferente, según que la dé un cristiano ó un filósofo. Sin embargo, los teofilántropos se imaginaban que su moral era idéntica al cristianismo primitivo: "Si uno se atiene á la enseñanza del Cristo, dice uno de sus predicadores (1), no hay ninguna diferencia." Tiene razón, limitándose á la superficie de las cosas. Jesucristo dice y repite que el amor á Dios y el amor á los hombres son los dos mandamientos que constituyen toda la ley, toda la perfección; tales son también los mandamientos de la teofilantropía, como lo expresa su mismo nombre. Pero falta saber qué es lo que esto quiere decir, amar á Dios, amar á los hombres. ¿Aman los teofilántropos á Dios y á los hombres á la manera de los primeros cristianos, que vendían todo lo que tenían para distribuirlo á los pobres? Evidentemente no. ¿Amaban á Dios y á los hombres á la manera de los solitarios de la Tebaida? Una vez más no. ¿Amaban á Dios y á los hombres como los monjes, que practicaban los consejos del Evangelio? Tampoco. Y no amaban tampoco á Dios y á los hombres á la manera de los Padres de la Iglesia, que predicaban la intolerancia y la violencia por caridad. Los inquisidores que enviaban á los herejes á la hoguera estaban también animados del amor á los hombres. ¿Qué pensaban sobre eso los teofilántropos? Cuando hay tantos modos de amar á Dios y al prójimo, hubieran debido decir cuál era el suyo. En verdad que lo dicen, pero poniéndose en contradicción consigo mismos.

La caridad de los teofilántropos es, en realidad, la de los filósofos del siglo XVIII; es el amor de la humanidad, abstracción hecha de toda confesión

religiosa (1). Escuchemos á un predicador de la secta que combate la pequeñez del amor que los cristianos tienen por los hombres: "¿Cómo!, dicen, acostumbrados como están á no ver hermanos más que en los que piensan como ellos; ¿debe amarse á los que ultrajan todos los días á la divinidad por los homenajes criminales é insensatos que la prestan? Si, obcecados partidarios de esas opiniones religiosas, escuchad los grandes principios de la razón universal. La tierra no es la patria ni del cristiano ni del mahometano, es la del hombre; al hombre es á quien Dios se la ha dado; no niega á ninguna secta ni la luz de los astros, ni las influencias del cielo, ni la fecundidad del suelo. Este mundo es ciertamente el reino de Dios, pero no es el de Mahoma ni el de Cristo. ¿Con qué derecho os creeréis, pues, los privilegiados del cielo? La diferencia de culto no puede romper los lazos de la fraternidad universal; los odios de religión son del fanatismo y no de la virtud," (2).

Estos sentimientos pertenecen á la filosofía del siglo XVIII, no es la caridad de los cristianos; porque por mucho que nos remontemos en la historia del cristianismo, se hallará el espíritu exclusivo de la fe que vicia la caridad; su germen se hallará hasta en el Evangelio. Era preciso, pues, rechazar el pasado, en vez de identificarse con él. Si los teofilántropos se hubieran dado cuenta de sus ideas, habrían comprendido que diferían en todo y por todo de la manera de pensar de los primeros cristianos y de Jesucristo mismo, si el Evangelio es la expresión exacta de su doctrina. ¿Qué es lo que caracteriza los consejos de perfección que da á sus discípulos? Un espiritualismo exaltado, excesivo hasta el punto de que si los cristianos lo hubieran tomado por lo serio, hace mucho tiempo que el género humano no existiría. En efecto, ¿puede existir el mundo sin matrimonio, sin propiedad, sin comercio, sin industria? Ahora bien, Cristo ha predicado el celibato con su ejemplo y con sus preceptos; ha predicado la abdicación de la propiedad, ha maldecido las riquezas y el espíritu de lucro. ¿Trátase de construir una sociedad con semejantes sentimientos!

El espiritualismo evangélico es tan extraño á

(1) DUBROCA, *Discurso sobre el aniversario de la teofilantropía*, París, año VI (p. 10).

(2) PARENT, *Discurso sobre el amor de nuestros semejantes*, página 3.

(2) DUBROCA, *Discurso de moral*, p. 106-108.

nuestras costumbres, que los cristianos mismos no lo comprenden ya. No hay, pues, que extrañarse que los teofilántropos, que se creían cristianos, á lo menos por la moral, celebren lo que el Evangelio reprueba. En un discurso de Dubroca, el predicador habitual de la secta, se lee un magnífico elogio del comercio: "Por él, los pueblos fraternizan de un extremo á otro del mundo, los conocimientos se comunican, los intereses se reúnen. ¿Qué sería de los vínculos de la fraternidad universal si cada pueblo se contentase con las riquezas que tiene? Cada nación viviría en el aislamiento, y todas las fuentes de la benevolencia universal se agotarían á la vez. Pero según el orden establecido por la sabiduría eterna, que ha querido que una porción de los hombres tuviese necesidad de la otra, todos los caminos de la benevolencia universal vuelven á abrirse. Entonces comprenden las sociedades que son hermanas, como los hombres son hermanos," (1).

Esto es muy justo; pero los Padres de la Iglesia no hablan así, y ese no era ciertamente el ideal del Evangelio. Los teofilántropos no eran, pues, cristianos. Eran innovadores, hijos del siglo XVIII, que trataban de realizar la doctrina de sus maestros, los filósofos. ¿Por qué no tuvieron el valor de enarbolar su bandera? Era, es preciso reconocerlo, por impotencia. Su inspiración no era bastante fuerte para fundar una religión. Medianías, sentían por instinto que no estaban á la altura de su empresa. ¿Quiere esto decir que hay que perseguirlos con el ridículo, añadiendo á él la calumnia, como hacen los católicos? La teofilantropía es, por el contrario, uno de los hechos más notables de la Revolución. Es una señal de los tiempos, y es preciso estar ciego, como lo están los partidarios del pasado, para no aperebirla. Los teofilántropos sentían la necesidad de una religión nueva que uniese á los hombres divididos. Hemos dicho que consideraban principalmente la religión como el vínculo necesario de la sociedad y como un consuelo para los que sufren. Hay que decir más. Había en ellos el germen del sentimiento religioso. "Dios, decían, no tiene necesidad de nuestro culto, pero nosotros tenemos necesidad de prestarle alguno." Se reunían los días consagrados al descanso para celebrar un culto tan sencillo como su dogma: algunas inscripciones morales, un altar en el cual

(1) DUBROCA, *Discurso de moral*, p. 111.

depositaban, en señal de agradecimiento por los beneficios del Criador, algunas flores ó algunos frutos, lecturas ó discursos morales: tal era todo su ceremonial. "Este culto, dice su catecismo, al reunirnos de tiempo en tiempo con nuestros hermanos para adorar á Dios y para animarnos al bien, nos atrae á sentimientos de respeto hacia la divinidad, de benevolencia hacia nuestros semejantes, á la práctica de nuestros deberes, y fortifica en nuestra alma el amor de la virtud y el horror del vicio," (1).

Hemos dicho que los teofilántropos no comprendían la importancia de los dogmas; pero hay otra fase de la religión de que tenían un instinto muy justo. Escuchemos á Larevellière: "La religión, dice, es principalmente un sentimiento del corazón. Del corazón brota el manantial de la moral. Por el sentimiento, mucho más que por la razón, se sacrifica el hombre por la felicidad de sus semejantes." Esto es cierto, pero no basta. El sentimiento sólo conduce á la vaga religiosidad de Rousseau, y deja al hombre sin guía y sin apoyo en la tormenta de las pasiones. La vida de Rousseau es un triste testimonio de la inutilidad del sentimiento abandonado á sí mismo. Y la teofilantropía nos da la misma enseñanza como religión. Si se quiere un culto, es preciso también querer una doctrina religiosa.

Esta lección va dirigida á los hombres del porvenir. Los hombres del pasado pueden también adquirir una enseñanza en los ensayos de religión natural que se hicieron durante la Revolución. Todos fracasaron. ¿Debia el catolicismo triunfar de su caída? Sería un triste triunfo, porque si había que deducir de él que no hay más religión posible que el catolicismo, se llegaría á esta desoladora conclusión, que la humanidad avanza hacia una época en la cual ya no habrá religión en la tierra. Es preciso que el cristianismo tradicional se transforme ó perezca. Hé ahí otra lección que nos da la historia religiosa de la Revolución. Los sentimientos hostiles al catolicismo que la provocaron no se han extinguido, se extienden con el progreso natural é inevitable de la razón. Si no se les da satisfacción, destruirán la Iglesia á la vez que la religión del pasado.

(1) *Manual del teofilántropo*, en el *Código de CHERMIN*, páginas 20, 59.

## CAPITULO III

### CONCLUSIÓN

#### § I.—La reacción católica.

En el 93 se creía que el catolicismo estaba decididamente muerto. Madama Roland, escribiendo sus *Memorias* al pie del cadalso, creyó deber explicar á sus lectores lo que era la enseñanza del *catecismo*: "Al paso que van las cosas, dice, los que lean este trozo preguntarán tal vez lo que era esto; voy á enseñárselo," (1). En 1800, un hombre cuyo testimonio no es sospechoso escribió: "Una *reacción religiosa* bien marcada caracteriza este primer año del siglo XIX." Sylvain Maréchal añade en una nota: "Esta palabra está tanto mejor colocada aquí, cuanto que las personas de ambos sexos que manifiestan en este momento el más santo celo por la casa del Señor estaban designadas no há mucho por una conducta á lo menos profana," (2).

Hay una grande enseñanza en este hecho. Los demócratas predicán en nuestros días la violencia contra el catolicismo, censuran á los revolucionarios sus miramientos con las antiguas supersticio-

(1) MADAMA ROLAND, *Memorias*, t. I, p. 9 (Colección de BARRIÈRE).

(2) SYLVAIN MARÉCHAL, *Por y contra la Biblia*, p. XIX.

nes, invocan contra la Iglesia el arma de que ella se sirvió contra el paganismo, la fuerza bajo forma de ley (1). ¿Es preciso hacer notar lo que hay de contradictorio y de absurdo de parte de los demócratas, al apelar á la violencia contra creencias religiosas? Creíamos que la democracia era el reinado del *derecho*; ahora bien, quien dice *derecho*, dice *libertad*. Los demócratas no tienen razón más que en una cosa, en que la *libertad* no debe ser un engaño, y en boca de la Iglesia es una sangrienta irrisión. Bajo el nombre de *libertad* quiere volver á tomar la dominación que se le ha escapado, porque ser *libre* ha querido decir siempre para la Iglesia que quiere reinar directa ó indirectamente. Es preciso, pues, vigilar para que la *libertad* no se convierta en una arma para matar la libertad; porque ¿qué sería la libertad si la Iglesia fuese señora? La libertad de pensar no sería más que una vana palabra, y la libertad política una hipocresía. Pero es preciso por esto que el legislador suprima el catolicismo, como los emperadores cristianos abo-

(1) QUINET, *Marnia de Santa Aldegonda*, Prólogo.